

LA EDUCACION CENTRADA EN EL ESTUDIANTE.

DR. JUAN LAFARGA.

¿ Por qué hablar de la educación centrada en el estudiante ?, ¿ es posible hablar de un sistema pedagógico, de la educación no centrada en el estudiante ? Tal vez resulta pleonástico hablar de un proceso educativo centrado en el estudiante. Si no está centrado en el estudiante, ¿ dónde podría estar centrado ?

Así pues, parece obvio que todo sistema educativo debería, primero que nada, tomar como punto de partida y como objetivo al alumno; sin embargo, el descuido de lo obvio en el planteamiento de un problema nos lleva a buscar soluciones donde no las hay, lo cual muchas veces tiene proyecciones increíblemente funestas, a medida que se avanza en la búsqueda de una respuesta. Nuestro sistema educativo, por las paradojas teóricas y prácticas con que en todo momento nos confronta, parece haber descuidado la más evidente de las premisas: que la educación debe tener en cuenta, ante que nada, el aprendizaje del alumno. Por ello, tal vez la teoría, el método y la práctica educativas nos resulten frecuentemente insatisfactorias y volvemos los ojos al educador, al psicólogo, y al sociólogo en busca de una fórmula nueva que de a nuestra enseñanza y a los esfuerzos invertidos en ella la eficacia que con tanto ahínco deseamos.

El sistema pedagógico conocido como educación centrada en el estudiante representa una revaloración de los factores que intervienen en el proceso de aprendizaje, que es producto de la observación y la investigación sobre las paradojas del sistema educativo vigente, con toda su riqueza y sus enormes limitaciones.

¿ Cuáles serían estas paradojas, estas contradicciones que manifiestan las incongruencias de nuestros sistemas pedagógicos a todos los niveles de la enseñanza y particularmente, a niveles superiores, preuniversitarios y universitarios?

1. Los profesores universitarios suelen compartir la convicción (o el prejuicio) de que la desconfianza en el estudiante, muchas veces justificada, producirá en éste hábitos de honradez y empeño por aprender, de confianza en sí mismo para adquirir nuevos conocimientos que lo capaciten para llegar a ser un profesional competente. Paradójicamente, pensamos que guiando, dictando, vigilando y sancionando (aunque no sea más que con las calificaciones), actitudes que indican al alumno al engaño y a la deslealtad, formaremos profesionales deseosos de adquirir nuevos conocimientos, honrados, rectos y más interesados en el éxito real de su trabajo que en las apariencias.

2. Muchas veces, el profesor equipara la satisfacción que siente con sus programas y con sus métodos de enseñanza al aprendizaje que, de hecho, se da en el alumno. Sin confesárselo abiertamente, el profesor razona así: me siento satisfecho con lo que enseño y cómo lo enseño; luego, el alumno aprende.

El único índice de calidad en la enseñanza es el grado de aprendizaje que, de hecho, se da en el alumno. Un profesor será más o menos apto como tal según aprendan más o menos sus alumnos. ¿ Es enseñar la meta del proceso educativo, o bien el que los alumnos aprendan, y aprendan no como entidades anónimas o como miembros de un grupo, sino como personas e individuos distintos cada uno y en colaboración con los demás?

3. Con frecuencia en forma indirecta o aun abiertamente, se exige al alumno un sometimiento continuo no sólo al contenido y secuencia de las enseñanzas del profesor, sino también a la forma y métodos de enfocar las ideas y la práctica. El alumno, por conveniencia o por deseo de sobrevivir, aprende a bailar a la música que sólo el maestro tiene derecho a tocar. La toma obsesiva de apuntes es un síntoma de este sometimiento que el maestro, explícita o sutilmente, favorece.

Lo más interesante es que, al mismo tiempo, el maestro espera que sus alumnos sean creativos, tomen iniciativas propias, y más todavía, se siente con derecho de exigir a los profesionales, producto del sistema educativo, que investiguen, revisen y diseñen nuevos enfoques y métodos. A través del sometimiento pasivo, se educa para la creatividad y la iniciativa responsable.

4. Los sistemas pedagógicos ponen tal énfasis en los exámenes y las calificaciones, que honradamente cabe preguntas si no se está midiendo con las pruebas la habilidad para pasar exámenes, más que conocimientos suficientemente asimilados.

Consciente e inconscientemente, el alumnos aprende durante el curso a pasar el examen, más que a integrar sus conocimientos y a disfrutar de ellos. Las estrategias de "pase" varían en honradez, desde la copia directa hasta la memorización superficial, instrumento para pasar, sin raigambre ni significado ulterior.

5. Es lamentable que el maestro mismo llegue a creer que es capaz de evaluar los conocimientos de sus alumnos a través de los exámenes, con frecuencia carentes de validez y de confiabilidad elementales. Qué difícil es traducir el fenómeno conocimiento a una escala numeral. Sin embargo, el maestro llega a sentirse capaz de evaluar "objetivamente" a sus alumnos en centésimas de unidad, y da calificaciones de 7.59.

Pero lo más lamentable de todo es que los alumnos llegan a creer a su maestro y a evaluarse a sí mismos en términos de las calificaciones que éste da. En realidad, no se les deja otra salida. ¿ Es ésta - me pregunto - la mejor escuela para desarrollar un sano sentido de autocrítica y de evaluación objetiva de méritos y conocimientos que se supone que son las metas más nobles del proceso educativo ?

6. ¿ Es la educación superior, el producto de la acumulación de conocimientos profesionales? Tal vez muy pocos maestros estén de acuerdo con que lo es; sin embargo, en la práctica, las clases, conferencias y seminarios que imparten los maestros parecen tener como objetivo la trasmisión escueta de la información accesible y pocas veces invitan a la reflexión personal, a la controversia y a la investigación.

Curiosamente, en teoría, al maestro le interesa que sus alumnos utilicen al máximo sus recursos, desarrollen hábitos mentales de crítica e investigación y sepan dónde encontrar las mejores fuentes de información profesional; sin embargo, en la práctica, el maestro se conforma con transmitirles información desnuda, generalmente árida y obsoleta.

Estas y otras paradojas ineludibles del sistema educativo dan pie a un nuevo planteo del sistema pedagógico, a la luz de su objetivo primario aceptado por cualquier programa educativo, independientemente de la teoría filosófica y psicológica que lo sustenten.

Este objetivo primario podría formularse así: la meta del proceso educativo es el aprendizaje máximo de cada alumno en función de su desarrollo integral, como persona humana distinta de todas las demás, como profesional en el área de su especialidad, y como miembro constructivo de una sociedad de hombres, de la cual se beneficia y a la cual sirve con el ejercicio responsable de su libertad.

Un planteamiento como éste invita a nuevas reflexiones sobre el proceso de aprendizaje, no sólo a nivel superior, sino también a todos los niveles.

El aprendizaje humano, como creciente proceso de individualización, debe ser considerado como diferente en cada persona. Si todos somos distintos por nuestras características fisiológicas, temperamento, carácter, medio en que vivimos, historia, condicionamiento y experiencias, la organización del campo perceptual en cada uno de nosotros es diferente, pues es producto de la conjugación característica de todos estos factores diversos en cada individuo.

Si la formulación de hipótesis y teorías que hace posible la metodología científica parte de que no existe identidad sino analogía entre los fenómenos que parecen iguales, cuánto más, en la formulación de las hipótesis en las ciencias humanas -en nuestro caso, la educación-, las personas deben ser consideradas no como idénticos sino como análogos.

De aquí que las ciencias humanas, al utilizar el enfoque nomotético, nunca pueden prescindir del ideográfico, a riesgo de caer en generalizaciones gratuitas.

Sin descuidar las hipótesis generalizables, la ciencia pedagógica no puede perder de vista al individuo, a riesgo de desfigurar su identidad y bloquear su crecimiento y el aprovechamiento de sus recursos.

De todas estas reflexiones se puede formular la hipótesis de que no existe el mejor método para impartir conocimientos, sino tantos métodos distintos como alumnos participen en un programa de aprendizaje que para cada alumno sería el mejor, y que la función del maestro consiste en estimular y ayudar a cada estudiante a descubrir su propio método.

La experiencia de la mayoría de nosotros podría confirmar esta hipótesis. Si recordamos aquello que hemos aprendido bien, que ha pasado a ser parte de nosotros mismos, constataremos que ha sido aprendido a nuestro modo, a nuestro paso, y congruente con lo que somos, podemos y nos interesa. En consecuencia, el profesor tendría como función principal estimular y facilitar el aprendizaje más significativo y más congruente con la personalidad de cada alumno, y sólo como función secundaria, aunque muy importante también, la trasmisión de conocimientos.

Tal vez no sería factible este enfoque distinto de la misión del maestro si éste no pudiese revisar sus propias actitudes frente a las personas que son sus estudiantes. ¿ Son sus relaciones con ellos antagónicas, más que cercanas y amistosas ?, ¿ están caracterizadas por desconfianza mutua, más que por un deseo de colaboración ?

Con frecuencia el maestro se vuelve más desconfiado y exigente cuando se siente menos capaz de estimular el interés y el entusiasmo de sus alumnos por lo que enseña. A veces, siente miedo a que conozcan lo que es y vale como maestro, y prefiere mantener una imagen que, en el fondo, sabe que no es honrada. En función de este miedo, mantiene a los alumnos lejos de él. Por su parte, ellos harán lo mismo para mantener sus propias imágenes, puesto que no es generalmente lo que decimos, sino lo que somos, lo que más influye en los demás.

¿ Son las posturas del maestro dogmáticas e incontestables o él se muestra abierto al análisis, la investigación y el diálogo?

Tal vez, cuanto más inseguro se siente el maestro de lo que puede y sabe, tiende a ser más autoritario y rígido. Probablemente, el profesor que sabe es el que está más abierto al diálogo y también es más tolerante con la ignorancia de los demás. El maestro más seguro de sus conocimientos suele impartirlos sin hostilidad, con frecuencia pone en tela de juicio sus propias conclusiones e investiga y analiza con mayor honradez.

¿ Qué piensa el maestro de sus propios métodos de evaluación?, ¿ Los considera objetivos e incontestables?, ¿ Cree que sus calificaciones describen objetivamente el aprovechamiento de alumno ?, ¿ Reprueba a la mayoría?, ¿ Pasan todos con él?, ¿ Considera que el éxito de su programa depende de lo que enseña, o más bien, y sobre todo, de lo que sus alumnos aprendan?

Recuérdese que un índice bastante objetivo para evaluar la labor didáctica es el promedio de calificaciones del alumno. La misión del maestro no se reduce a informar y transmitir adecuadamente, a su criterio, los conocimientos, sino a que sus alumnos, cada uno de ellos, aprenda lo más posible. El profesor no es un técnico, sino un maestro; no es un informador, sino un educador.

Utilizar, como único criterio para evaluar el aprendizaje del alumno, el examen final o los exámenes parciales, puede privar a aquellos de la oportunidad de evaluarse con honradez y

creciente objetividad. Un convergente criterio de evaluación que considere tanto el punto de vista del profesor como del alumno, estaría, probablemente, más cerca de la objetividad. Por otra parte, el ejercicio de la autoevaluación educa el juicio del alumno, y lo previene contra el vicio, más lamentable del sistema educativo: el autoengaño y el engaño para pasar.

En otra oportunidad, me referiré con más amplitud a algunas de las ventajas y desventajas de las distintas formas de evaluación en la educación superior.

Concluiré este artículo sintetizando las hipótesis básicas de la educación centrada en el estudiante:

1. El aprendizaje escolar, como todo aprendizaje, es el producto de la diferenciación del campo experiencial y perceptual del individuo a través de sus opciones de aprender o no aprender, favorecidas u obstaculizadas por el ambiente.

La diferenciación y el cambio en el campo fenomenológico no necesitan ser "motivados" ni pueden prevenirse. Son consecuencias de la insatisfacción con la estabilidad pasiva que ocasionará una sana tensión al organismo mientras éste viva.

Así pues, la función del profesor será la de estimular y facilitar las opciones libres de aprender, aprovechando la insatisfacción del alumno con la estabilidad pasiva.

2. Todo esfuerzo constructivo en el aprendizaje depende del interés por enriquecerse y producir, originado en el interior del alumno, más que de las presiones internas o externas.

Una vez despertado el interés por aprender, la presión de este interés será más fuerte que la que proviene de la necesidad de aprobación interna o externa.

3. Las metas de cualquier sistema educativo se pueden formular así: estimular y facilitar en el estudiante:

- a) Las iniciativas por las cuales pueda sentirse responsable.
- b) Las decisiones inteligentes para impulsar y dirigir su propio aprendizaje.
- c) Las actitudes sanamente críticas para evaluar en forma constructivas sus propias realizaciones y las de los demás.
- d) La integración de conocimientos flexibles, adaptables a problemáticas diversas, más que la memorización acumulativa de materiales dispersos.
- e) La internalización de actitudes adaptativas que lo capaciten para utilizar sus recursos y experiencia ante problemáticas desconocidas.
- f) La cooperación efectiva con sus compañeros.
- g) El trabajo por el gozo de ser constructivo y beneficiarse a sí mismo y a los demás, más que por el sólo interés monetario, el poder abusivo o la aprobación de las figuras de autoridad.

(Tomado de : Desarrollo del potencial humano. Aportaciones de una psicología humanista. México: Editorial Trillas, 1981).